

“Ya no hay Atlántico, ya no hay dos continentes”: regionalismo e identidad nacional durante la Guerra de la Independencia en Nueva España

Scott Eastman



Tiempos de América, n° 12 (2005), pp. 153-166

Durante el auge del levantamiento en contra de Napoleón en 1811, un clérigo prominente hispanoamericano lamentó:

Qué dolor es ver que estas tramas y estos ardides fraudulentos...hayan podido separar a los españoles de los españoles, a los españoles americanos de los españoles europeos, con quienes nos estrechan los vínculos más fuertes de la naturaleza y de la religión, como que todos hemos formado siempre una misma nación, una misma familia y un mismo cuerpo, baxo el mando y baxo la sombra de un mismo Padre Rey y Señor, que lo es el presente Fernando VII, cuyo sagrado nombre resonaba hasta ahora unánime y uniformemente.¹

En la Nueva España los gritos de guerra similares resonaban de los púlpitos en defensa de los vínculos de lealtad entre el Nuevo Mundo y el Viejo: “viva Jesús; viva nuestro católico rey Fernando VII: y su dignísimo Virrey en esta América...y viva íntegra e indivisible la Monarquía Española.”² Muchos eclesiásticos mantenían que “ya no hay diferencia entre el originario de América, el que nació en Europa y el que tiene de hallá su sangre; ya no hay Atlántico, ya no hay dos continentes, la Constitución los unió.”³ Por consiguiente, no existían dos polos separados de la Monarquía española, sino un mundo atlántico hispano bajo la bandera de una Constitución liberal en 1812.

La Constitución de 1812 se convirtió en gri-

¹ FRANCISCO PANTALEÓN DE UZTÁRIZ: *Pastoral del Illmo. Sr. D. Luis Gonzaga de la Encina. Dignísimo Obispo de Arequipa, del consejo de S.M. &c. con motivo de la Instrucción dada por Napoleón Emperador de los franceses a sus Emisarios para las Américas*, 1811, *Colección Documental del Fraile* (En adelante C.D.F.), Servicio Histórico Militar, vol. 606, signatura 2235, 10.

² ANTONIO BERGOSA Y JORDÁN: *Exhortacion cristiana y patriótica, que hizo en la Santa Iglesia Metropolitana de México su Arzobispo electo el Ilustrísimo Señor Doctor Don Antonio Bergosa y Jordan, en la Misa solemne del Espíritu Santo, que se celebró con motivo de la eleccion de Diputados a Cortes, en 18 de Julio de 1813*, en C.D.F., vol. 604, sig. 2206, 12.

³ MANUEL DE LA BARCENA: *Exhortación que hizo al tiempo de jurarse la Constitución Española, en la catedral de Valladolid de Michoacán, México, 1813*, C.D.F., vol. 607, sig. 2253, 4.

to de guerra para los liberales hispanos tanto en la España peninsular como en la América española. Dicho documento sirvió para realinear la base de la soberanía y la definición de la nación. Al jurar lealtad a la Constitución en la catedral de Valladolid en Michoacán en 1813, el clérigo ilustrado Manuel de la Bárcena elogió las virtudes de una nación española unificada bajo la rúbrica de una monarquía constitucional y la religión católica:

Además se declaran españoles, todos los hombres libres, nacidos y avecindados en los dominios de las Españas, y todos los que por ambas líneas traen su origen del territorio español, son también ciudadanos.... No olvidemos por último lo que es primero, porque somos cristianos antes que ciudadanos: acordémonos siempre del divino artículo 12.⁴

Al paso de siete años con la nueva instalación de la constitucion revolucionaria, Bárcena renovó su juramento de lealtad en la misma catedral: “Veo al patriotismo español que a manera de fuego eléctrico se extendió rápidamente por toda la península; y como relámpago que viene del oriente al ocaso, pasó el océano y encendió las Américas.”⁵ Los principios liberales que respaldaron los autores de la nueva Constitución incluían la idea de una nación transatlántica y marcaron el comienzo de la época del liberalismo, la construcción de las nuevas naciones y de la ciudadanía nacional a través del mundo hispano atlántico.

No obstante, para el año 1824 la independencia de España había limitado las posibilidades de existencia de una identidad española que abarcaría tanto las Américas como España peninsular. La Virgen de Guadalupe, que se habían apropiado tanto los realistas como los insurgentes en el periodo de 1810 a 1821, pronto emergió como la imagen simbólica de la nueva nación mexicana.⁶ “Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines” son las consignas que en gran parte definieron el legado de la Guerra de la Independencia de México. Las imágenes religiosas que servían para unir a los españoles de ambos lados del Atlántico se convirtieron en identificaciones regionales en las Américas. La articulación de un marco vasto de nacionalismo español se desvaneció, ya que los americanos llegaron a inscribir sus naciones con una nueva identidad poscolonial.

Sin embargo, durante las primeras dos décadas del siglo diecinueve, los límites políticos de los virreinos coloniales todavía no se habían demarcado en fronteras nacionales, y de hecho no existían naciones en la América española. De 1808 en adelante en la España peninsular, una retórica constante de inclusión mantenía la noción de que los americanos y los peninsulares gozaban de los mismos derechos y privilegios bajo la corona española.⁷ Las Américas formaban parte, como provincias, de la monarquía española de la misma manera en que Cataluña y Galicia consitúan parte de la extensión diversa que era la España peninsular y estaban legalmente vinculadas con el gobierno central de Madrid. Según un clérigo prominente que predicaba a los feligreses de la Ciudad de México en 1809: “Sois mexicanos: pero no dexais de ser españoles. ¿No nació el andaluz en Andalucía, el vizcaíno en Viscaya, en Castilla el castellano, y en Aragón el aragonés?” Con vehemencia insistió en que “todas son provincias de España más o menos distantes separadas unas de otras.”⁸ Durante esta época clave, surgieron varios discursos nacionalistas a través de los reinos del imperio

⁴ MANUEL DE LA BÁRCENA: *Exhortación que hizo al tiempo de jurarse la Constitución Española*, 4.

⁵ MANUEL DE LA BÁRCENA: *Exhortación que hizo al tiempo de jurarse la Constitución Política de la Monarquía Española*, México, 1820, *Colección Lafragua* (En adelante C.L.), Biblioteca Nacional, México, vol. 149, 13.

⁶ WILLIAM B. TAYLOR. “The Virgin of Guadalupe in New Spain: An Inquiry into the Social History of Marian Devotion,” *American Ethnologist* 14, 1, Feb., 1987, pp. 23-24.

⁷ *Proclama a los Españoles Americanos. Los Españoles de Europa*, Valencia, 1808, C.D.F., vol. 27, sig. 183. Manuel Chust insiste en que “El concepto España, en singular, era restrictivo para el imaginario colectivo de la época.” MANUEL CHUST: *La cuestión nacional americana en las Cortes de Cádiz*, Fundación Instituto Historia Social-UNAM, Valencia, 1999, p. 143.

⁸ JOSEPH MARIANO BERISTÁIN DE SOUSA: *Discurso politico-moral y cristiano*, México, 1809, C.L., vol. 11, 17-18.

español y dentro de una tradición política común y una cultura compartida, los cuales se fundamentaban en la misma fe católica y se habían plasmado en el Artículo 12 de la Constitución.⁹ No obstante, sólo fue en las Américas donde nació el nacionalismo periférico que promovía una separación de España mientras que las otras identidades regionales de la península se incorporaron en un nacionalismo español más amplio durante las primeras décadas del siglo diecinueve.

El lenguaje del nacionalismo en la Nueva España sostuvo una profunda transformación durante el periodo que se inició en 1810 con el grito de rebelión de Hidalgo hasta la declaración de la independencia mexicana en 1821. Aunque comenzaron con una visión de España como símbolo inclusivo de la patria madre, muchos clérigos empezaron a enfatizar la identidad americana durante la guerra y posteriormente llegaron a articular un nacionalismo mexicano que ponía de relieve las tensiones entre la herencia cultural española del catolicismo guadalupano y los enlaces con el pasado imperial de los aztecas.¹⁰ Entre otros como Bárcena, se mantenía un énfasis en el nacionalismo cívico español dentro de las provincias americanas sin encontrarse ninguna contradicción entre las identidades españolas y americanas.¹¹ Los sermones y la instrucción religiosa fomentaban la formación híbrida de una identidad nacional que elogió al pueblo y la nación. En Nueva España, tanto los realistas que defendían el virreinato de la rebelión como los clérigos que habían asimilado el pensamiento ilustrado recomendaron un sistema de gobierno español inclusivo, lo cual se había decretado en la Constitución de 1812. Desde las parroquias locales hasta los arzobispados, los debates políticos sobre la importancia y la estructura de la nación resonaban de los pulpitos y exigieron la participación de los clérigos y del diverso público de feligreses.

El catolicismo permitió una cohesión social para las sociedades profundamente religiosas del imperio español, una visión del mundo que unificaba a través de los estratos de clase y raza. Las identidades nacionales españolas que se formaron a principios del siglo diecinueve reflejaron las tensiones que existían entre las nociones del Antiguo Régimen del mundo espiritual del catolicismo y la ideología secular radical de la soberanía popular que se difundió durante la Ilustración.¹² Durante las décadas que antecedieron a la revolución francesa, los clérigos de España y de la Nueva España expresaron una variedad de posiciones nacionalistas distintas. Con su base en la religión y en el pensamiento secular del Siglo de las Luces, los debates de identidad demuestran que los españoles, tanto los europeos como los americanos, no eran simples portadores de una ideología secular moderna, sino que promovieron identidades seculares modernas que eran complejas y frecuentemente contradictorias.

La lucha que culminó en la independencia mexicana, como una guerra civil con rasgos de una revolución social, preparó un campo fértil para el desarrollo de debates sobre la identidad nacional. En su capacidad de clérigos y a la vez dirigentes de la rebelión, Hidalgo, Morelos y otros insurrectos lograron movilizar a principios de la rebelión una base militar a raíz del descontento que existía entre las clases sociales en vez de una lealtad nacional. Hicieron hincapié en las cuestiones de la opresión y la injusticia que mezclaron las nociones tradicionales de una identidad española regional con los símbolos de la cultura sincreta del Nuevo Mundo. Asimismo, ampliaron los conceptos anteriores del patriotismo criollo y contribuyeron a una noción de una identidad americana esencial e

⁹ FRANÇOIS XAVIER GUERRA: *Modernidad e independencias: Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, 1992, p. 118.

¹⁰ JORGE E. TRASLOSHEROS: "Santa María de Guadalupe: hispánica, novohispana y mexicana. Tres sermones y tres voces. 1770-1818," *Estudios de Historia Novohispana* 18, 1998, pp. 83-103; MARIANA TERÁN FUENTES: *El artificio de la fe*, Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas, 2002, p. 221.

¹¹ Para un análisis del nacionalismo cívico, véase GEOFF ELEY Y RONALD GRIGOR SUNY: "Introduction: From the Moment of Social History to the Work of Cultural Representation," en GEOFF ELEY AND RONALD GRIGOR SUNY (eds.): *Becoming National*, Nueva York, 1996, pp. 4-5.

¹² Para la difusión y la recepción de las ideas de la Ilustración, véase RICHARD HERR: *The Eighteenth Century Revolution in Spain*, Princeton, 1958, p. 85.

independiente que se caracterizó en declaraciones políticas y en las llamadas para la independencia antes del fin de la guerra.¹³

Los discursos regionalistas, que no representaron una ruptura con los patrones anteriores de identificación, por último, se convirtieron en referentes nacionalistas ya que los americanos enfatizaron sus diferencias con la metrópoli. Durante la década de 1820, este alejamiento se manifestó en el lenguaje de las elites políticas y los clérigos de la Nueva España, puesto que el uso de términos como *los españoles americanos* y *los americanos* disminuyó y se adoptaron nociones particularistas inherentes al concepto de México como nación. Debido a la lucha contra un enemigo externo en la España peninsular, la identidad nacional española se fundaba en terminos de oposición a los franceses, mientras una guerra civil interrumpió un proceso semejante en el Nuevo Mundo. Las ideologías nacionalistas que definían y promovían la diferencia entre los peninsulares y los americanos se aumentaron en su aceptación en el Nuevo Mundo y cada vez más atrajeron a los políticos conservadores y tradicionalistas a un movimiento particularista cuando la Constitución liberal fue proclamada en 1820. Este cambio favoreció los ideales de los insurgentes, muchos de los cuales habían sido acusados de fomentar una revolución social. La construcción del concepto de la nación de México se vió estimulada por esta coalición improbable y permitió la circulación constante de un debate nacionalista que comenzó a desplazar el nacionalismo cívico de una identidad española transatlántica, ya cuando la independencia se había logrado en la mayor parte de la América española. Con una clara influencia de las ideas del Siglo de las Luces, la insurgencia elevó los conceptos polémicos de la identidad a la esfera pública que había emergido en la Nueva España y a través de la monarquía española.

Las historias nacionales que tomaron forma con la independencia se han estudiado con frecuencia sin relacionarse unas con las otras. Dentro del contexto americano, el nacionalismo mexicano se ha analizado como resultado natural de la lucha para la independencia que culminó en 1821. De igual manera, las otras tradiciones nacionalistas que surgieron de la América española colonial han sostenido que tienen un pasado singular y único que justifica la independencia y la soberanía política. Sin embargo, tales relatos teleológicos han oscurecido los rasgos centrales de la lucha contra España. Así que el hecho de que el cura Miguel Hidalgo armó su rebelión en nombre de Fernando VII y bajo la bandera de la iglesia católica no les pareció contradictorio a sus seguidores contemporáneos. El deseo de muchos de las elites de poner un monarca borbónico en el trono de México en 1821 parecía conformarse con las monarquías constitucionales de esa época. John Lynch, cuyas contribuciones se han citado en varias obras fundamentales sobre el nacionalismo, tales como *Imagined Communities* de Benedict Anderson, postula que “Americans had begun to question the basis of their allegiance” a la monarquía española para fines del siglo dieciocho. Por consiguiente, las “divided loyalties” de los criollos encontraron expresión en la máxima de aquel entonces: ‘No soy español, sino americano’.¹⁴ La tesis de Lynch de una elite criolla que luchaba contra la nueva colonización de América por parte de ministros borbónicos progresistas se ha impugnado. Por ejemplo, Jaime Rodríguez ha afirmado fuertemente que muchos de los líderes políticos propugnaron la autonomía dentro de una monarquía compuesta en vez de una independencia completa.¹⁵ Eric Van Young aminora el papel del activismo criollo e insiste que fueron pocos los enlaces entre la lucha popular rural y los movimientos de las elites. Van Young postula la existencia de una continuidad entre las formas de protesta y rebelión del Antiguo Régimen y la lucha por la independencia.¹⁶ Para poder comprender los múltiples aspectos de lo que se ha caracterizado como “el periodo de

¹³ Sobre el patriotismo criollo, véase JORGE CAÑIZARES-ESGUERRA: *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, 2001.

¹⁴ JOHN LYNCH: *The Spanish American Revolutions 1808-1826*, 2d ed., Nueva York, 1986, cap. 1-2.

¹⁵ JAIME E. RODRÍGUEZ O.: *The Independence of Spanish America*, Cambridge, 1998.

¹⁶ ERIC VAN YOUNG: *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence 1810-1821*, Stanford, 2001.

independencia” para América Latina, deseo exponer las varias capas de las nociones de identidad, tanto las hispanoamericanas como las españolas, o sea lo que Lynch ha caracterizado como ‘una conciencia de sí’.

Un análisis de estas cuestiones a base de la religión nos permite buscar una comprensión de los campos culturales y políticos que abarcan tanto la mentalidad elitista como la popular a principios de la era contemporánea en el mundo hispano del siglo diecinueve. ¿Existía una perspectiva del mundo del campesino en las comunidades rurales que se enfocaba hacia lo local o aún prepolítica y sin contenido ideológico como postula Van Young?¹⁷ ¿O estaban los campesinos profundamente involucrados en las luchas políticas y militares como sostiene Peter Guardino? Opino que la iglesia servía de canal principal de comunicación entre las elites y las clases populares y que claramente proporcionó lo que Guardino califica como “a vital and effective ideological content” para los insurgentes y también para los simpatizantes de la monarquía.¹⁸ Es necesario estudiar los discursos sociales y políticos pronunciados por los clérigos en todos los niveles para poder entender la trayectoria de identificación nacional en este contexto, a pesar del hecho de que la mayoría de los investigadores de este tema han insistido en un divorcio entre los modos religiosos de pensar y el inicio de la edad del nacionalismo.¹⁹

Son pocos los historiadores que han estudiado la identidad nacional con base firme en el tropo de la religión.²⁰ Con sus raíces implícitas o explícitas en la teoría de la modernización, muchos de los estudios han postulado una evolución de una creencia religiosa tradicional hacia una identificación moderna con el estado nacional.²¹ Comparten una caracterización del nacionalismo que atribuye la religión a una perspectiva mundial premoderna y la nación como sucesor de lo sagrado y divino. Los casos de España y la América Española demuestran que la religión y las ideologías ilustradas radicales influyeron profundamente en la formación de las identidades nacionales durante los principios del siglo diecinueve. En su afán de definir y formar una política nacional imaginada, los ideólogos de varias inclinaciones políticas y afiliaciones locales han utilizado un lenguaje común y puntos de referencia similares para arraigar una identificación nacional en la fe católica que profesaban casi todos los sujetos de la monarquía española.

En el contexto del mundo hispanoatlántico, los discursos que se articulaban dentro de los límites monológicos de la iglesia contribuían a la esfera pública católica creciente que abarcaba el diálogo político y literario y ayudaban a definirla, lo que Habermas citó como debate crítico racional.²² El catolicismo ejercía una fuerza de identificación patriótica en el siglo dieciocho y los clérigos tenían un papel clave en el Siglo de las Luces hispano, en las guerras de la independencia y en las Cortes de Cádiz. En que la religión y la política formaban esferas entretreídas en la vida y la cultura cotidianas, he explorado los orígenes de la identidad nacional desde la óptica de los clérigos y sus feligreses. Un pueblo en su mayor parte rural y sin estudios ‘imaginaba’ la nación en gran parte por los discursos de identidad que se propagaron a través de lenguaje simbólico de la religión.

¹⁷ VAN YOUNG: *The Other Rebellion*, p. 62 y p. 199.

¹⁸ PETER F. GUARDINO: *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857*, Stanford, 1996, p. 56.

¹⁹ BENEDICT ANDERSON: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, 1991, p. 11.

²⁰ Unos trabajos que abordan este tema incluyen CARLOS SERRANO: *El nacimiento de Carmen: Símbolos, mitos y nación*, Madrid, 1999, pp. 21-74; JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO: *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001, pp. 305-496; DAVID A. BELL: *The Cult of the Nation in France: Inventing Nationalism 1680-1800*, Cambridge, Mass., 2001 y LINDA COLLEY: *Britons: Forging the Nation 1707-1837*, New Haven, 1992.

²¹ Véase, por ejemplo, EUGEN WEBER: *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, 1976; ERNEST GELLNER: *Nations and Nationalism*, Ithaca, N.Y., 1983.

²² JÜRGEN HABERMAS: *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, trans. Thomas Burger, Cambridge, Mass., 1989.

Los historiadores no han estudiado suficientemente los vínculos entre los discursos patrióticos americanos y el pensamiento peninsular que llegaron a definir los parámetros de la identificación nacional en el mundo hispano. Son pocos los textos que exponen un estudio del desarrollo simultáneo de los discursos nacionalistas de España junto con los americanos, mexicanos y de otras identidades emergentes. El historiador Benedict Anderson afirma la primacía del nacionalismo colonial sin mencionar el impacto de la invasión napoleónica de España y la promulgación de la Constitución de Cádiz.²³ Anderson realza el papel de los funcionarios criollos y el ascenso del capitalismo de imprenta en el desarrollo de una conciencia nacionalista mientras hace caso omiso del ascenso del liberalismo a través del imperio español y la escasez de imprentas en las áreas marginales.²⁴ Separa los procesos que están fundamentalmente vinculados por eventos políticos, estructuras e instituciones gubernamentales y una cultura sincrética. Los orígenes del nacionalismo no pueden atribuirse solamente a las elites del Nuevo Mundo dentro del sistema colonial ni a los filósofos europeos, sino que se encuentran en los intersticios de los enlaces entre colonia y metrópoli y en las relaciones entre los que gobernaban y los gobernados. Los sermones y otros discursos públicos religiosos que se pronunciaban a través del imperio español iluminan los enlaces entre la nacionalidad española e hispanoamericana que con demasiada frecuencia se han visto como marginales a las corrientes más grandes de los nacionalismos contemporáneos.²⁵ Un historiador de la Nueva España recientemente notó que no se ha estudiado adecuadamente la identidad de los novohispanos como miembros del estado imperial español.²⁶ Igualmente, los historiadores que estudian los nacionalismos europeos apenas han empezado a describir la relación imperial con la metrópoli.²⁷

Entre otros, François-Xavier Guerra ha mantenido que España y la América española constituían un sistema de gobierno con una coherencia política y una unidad extraordinaria en la época de la invasión de la península por Napoleón.²⁸ Guerra aminorar la importancia de los factores locales en el contexto más amplio de la revolución, ya que analiza el proceso desde una perspectiva macrohistórica. Otros estudios recientes del nacionalismo español que no examinan el contexto imperial también emplean un enfoque estructural en lo que es el estado en vez de lo regional o local.²⁹ Para ampliar esta tradición historiográfica, he tomado en cuenta tanto las ideas y las prácticas que unificaron los territorios de la monarquía española como las fracturas y las separaciones que manifestaron las diferencias regionales. En vez de presentar las identidades americanas y españolas en oposición o mutuamente exclusivas, mi posición es que un idioma cultural común de la religión y el lenguaje de soberanía nacional proporcionó un repertorio simbólico unificador para las identidades nacionales españolas durante la transición del Antiguo Régimen al ascenso del liberalismo. Pero las exigencias de la guerra, el éxito de la ideología insurgente y las dinámicas políticas en la España peninsular causaron un trastorno enorme que abrió un espacio para que los clérigos y las elites políticas pudieran transformar el regionalismo en nacionalismo mexicano auténtico en los primeros años de la década de los veinte.

²³ ANDERSON: *Imagined Communities*, pp. 47-65.

²⁴ La imprenta llegó muy tarde a Chile en el año 1811. Véase DAVID BUSHNELL: "The Independence of Spanish South America", en LESLIE BETHELL: *The Independence of Latin America*, Cambridge, 1987, p. 127.

²⁵ François-Xavier Guerra afirma que "sermons, in all their forms, constituted an essential vehicle for the construction and diffusion of values and identities." FRANÇOIS-XAVIER GUERRA: "Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations," en SARA CASTRO-KLARÉN Y JOHN CHARLES CHASTEEN (eds.): *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth Century Latin America*, Washington, D.C., 2003, p. 8.

²⁶ CARLOS HERREJÓN PEREDO. *Del sermón al discurso cívico: México, 1760-1834*, Zamora, Michoacán, 2003, p. 253.

²⁷ Para un análisis del imperio británico y el nacionalismo en el siglo dieciocho, véase KATHLEEN WILSON. *The Island Race: Englishness, Empire and Gender in the Eighteenth Century*, London, 2003.

²⁸ FRANÇOIS-XAVIER GUERRA. *Modernidad e independencias: Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, 1992, p. 20.

²⁹ JAVIER VARELA: "Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español," *Studia Histórica-Historia Contemporánea* XII, 1994, p. 34. Para un estudio historiográfico, véase XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS. *Historiographical Approaches to Nationalism in Spain*, Saarbrücken, 1993.

Como lo han argumentado algunos historiadores como D.A. Brading y Jorge Cañizares-Esguerra, el patriotismo del Nuevo Mundo a fines del siglo dieciocho era un campo controlado en gran parte por los clérigos criollos.³⁰ Cañizares-Esguerra también sostiene que “the search for a Spanish identity as a project that in the eighteenth century exercised the periphery more than the core has yet to be fully explored.”³¹ Los clérigos novohispanos desarrollaron una identidad española de la periferia de manera clara y pronunciada antes del tumulto de las guerras de la independencia y la invasión napoleónica de España peninsular. Aunque son pocos los clérigos de ambos lados del Atlántico que glorificaron “el pueblo” como la nación, un término que tuvo su génesis popular con los revolucionarios franceses para reemplazar al término de los sujetos reales, algunos clérigos nacionalistas prominentes utilizaban ese lenguaje en la Nueva España. Al predicar en 1802 un cura dedicó su sermón a “[la] nación amada de Dios y escogida por Dios.”³² En la celebración del día de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, el clérigo insistió en que la salvación se encontraba en la orientación espiritual compasiva de la Virgen María: “Príncipes, Sacerdotes, Pueblo Español! Allí está vuestra seguridad, allí vuestra libertad, allí vuestro resguardo.”³³ Su llamado a nombre de la iglesia y de la nación española evocó la imagen de un auditorio transatlántico unificado de feligreses que compartían una sola cultura. Es de notarse que, al pronunciarse en el día de la santa patrona de Zaragoza, el sermón no marca la diferencia entre los americanos y los españoles peninsulares. Al suponerse una reverencia y una devoción mariana a la imagen regional de la Virgen, el sermón expresa una identidad nacional española como idioma común para elogiar una manifestación religiosa local. Esto sugiere que los clérigos tuvieron un papel de suma importancia en la construcción de una identidad nacional española que atravesaba las fronteras virreales que posteriormente llegaron a dividir los sistemas de gobierno americanos.

Aunque la Virgen de Guadalupe sirvió de símbolo exclusivamente americano durante la insurrección de Hidalgo en 1810, los sermones no señalaron a la Guadalupana como icono nacional sagrado hasta el inicio de la guerra. Por ejemplo, algunos sermones rendían homenaje a Nuestra Señora del Pilar y a la vez a Nuestra Señora de Covadonga y las vinculaban como protección de inspiración divina para todos los “Españoles, [hijos de la] Nación Mariana.” Un eclesiástico, al glorificar a Nuestra Señora de Covadonga en la Ciudad de México en 1806, rindió homenaje a la deuda espiritual de María: “A tí debieron en Zaragoza por la recepción de la fe divina, la verdadera libertad de hijos de Dios, y a tí deben en Covadonga por la libertad del yugo sarraceno, la conservación dichosa de esa religión que les traxiste, para que así fueses por tercera vez su tierna Madre, fueses su Defensora, y fueses también su Restauradora insigne.”³⁴ Comparó las imágenes marianas a los defensores heroicos de la religión y de la patria, al llevar la vanguardia en la lucha contra el yugo opresor y dominante musulmán hacia un renacimiento nacional en el siglo ocho. María, la santa madre, inspiraba a los soldados a combatir los enemigos de la religión en defensa de la patria. Asimismo, representaba una figura devota de la fuerza materna, puesto que permitía que sus seguidores se imaginaran renacidos en una tierra santa. Los nacionalistas lograron utilizar estos símbolos para promulgar una identidad nacional española durante las guerras de la independencia en la América española.

El lenguaje del parentesco que utilizaban los clérigos abrazaba la idea de la España peninsular como la figura materna central dentro de una estructura familiar: la madre definida por su fertilidad y su sabiduría. Como maestra, la madre había inculcado la religión en sus vástagos desde su naci-

³⁰ D.A. BRADING: *The Origins of Mexican Nationalism*, Cambridge, 1985.

³¹ CAÑIZARES-ESGUERRA: *How to Write the History of the New World*, p. 203.

³² RAMON CASAUS TORRES Y LAS PLAZAS: *Sermon panegírico de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, México, 1803, C.L., vol. 558, 1.

³³ *Ibid.*, 5-6.

³⁴ JOSEPH IGNACIO HEREDIA Y SARMIENTO. *Sermon panegírico de nuestra Señora de Covadonga*, México, 1807, C.L., vol. 1342, 26.

miento como rasgo que los define. Bárcena sostuvo explícitamente que “somos cristianos antes que ciudadanos.” Además, planteó que “el catolicismo es inseparable de la nación española...el que no es católico no es español.”³⁵ Tanto para los descendientes de los españoles como para los indios, los *gachupines* habían fomentado el amor a Dios, al Rey y a la Patria a través de toda la América española. Un sacerdote exhortó: “rómpase el muro que divide a la hija de la madre: no se oigan jamás los odiosos nombres de criollos y gachupines; seamos todos Españoles, unos Europeos y otros Americanos; pero todos verdaderos Españoles.”³⁶ Como hijos legítimos de la patria, las Américas estaban vinculadas con España y no podían justificar la ruptura de esos vínculos que los unían como familia. Esto se convirtió en un tema común entre los clérigos durante los primeros años después de la invasión napoleónica de España.

El sacerdote y líder inicial de la insurrección en la Nueva España, Miguel Hidalgo y Costilla, armó un discurso de identidad nacional en términos notablemente similares a los que articulaban los clérigos realistas y de los de España, lo que Lynch ha calificado como “nacionalismo incipiente.”³⁷ Un idioma común de nacionalismo español, esparcido con metáforas y referencias religiosas, saturaba los sermones y el llamado a la rebelión a través del reino español. Tanto los ejércitos formales como las bandas de guerrilleros ofrecieron su servicio a la patria en nombre de la religión. Se circulaban rumores en España de tropas que se negaron a entrar en combate los domingos y de un descontento palpable por falta de tener un sacerdote para celebrar la misa.³⁸ La trinidad de Dios, el Rey y la Patria, con Dios en primer lugar entre los tres, proporcionó las municiones ideológicas para los que luchaban contra los franceses en España y para las fuerzas insurgentes de la Nueva España que combatían los españoles. Hidalgo, por ejemplo, insistía en que “el objeto de nuestros constantes desvelos, es mantener nuestra Religión, el Rey, la Patria, y pureza de costumbres.”³⁹ Los opositores de la insurrección que dirigía Hidalgo y Morelos condenaron la sangrienta guerra civil y la calificaron de sacrilegio; a Hidalgo lo excomulgaron antes de ser ejecutado. No obstante, justificaron su postura con el lenguaje de la piedad católica y con los dos pilares del estado y la iglesia. El obispo de Michoacán siguió leal a la monarquía y exhortó a sus feligreses a “comprender las obligaciones que tiene, como verdadero cristiano, a Dios, al Rey, a la patria, y a cada uno de vuestros conciudadanos. Todos podeis entender vuestros verdaderos intereses, y abrazar los medios seguros de conseguirlos.”⁴⁰ Al predicar en contra de Hidalgo en Guanajuato en 1810, el sitio de una de las primeras campañas de los insurgentes, el fraile Diego Miguel Bringas impugnó a los “traidores a la America, a la España, y a la Iglesia,” porque “declaran la guerra a sus padres, a sus hijos, a sus hermanos, a su monarca, a su patria, y a su sagrada religión.”⁴¹ Cada lado acusaba al otro de crímenes en contra de la religión, pues afirmaban su derecho exclusivo de hablar a nombre de la fe católica universal. Hidalgo clamaba que sus enemigos eran hombres que “no son católicos sino por política: su Dios es el dinero.” Llegó a la conclusión de que “baxo el velo de la Religión y de la amistad os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia.”⁴²

³⁵ BÁRCENA: *Exhortación que hizo al tiempo de jurarse la Constitución Política de la Monarquía Española*, pp. 8-9.

³⁶ MANUEL IGNACIO GONZÁLEZ DEL CAMPILLO: *Pastoral que el ilustrísimo señor Dor. D. Manuel Ignacio González del Campillo dignísimo obispo de la Puebla de los Angeles dirige a sus diocesanos*, 1810, C.L., vol. 995, 12.

³⁷ JOSÉ ANTONIO SERRANO ORTEGA: “El discurso de la unión: El patriotismo novohispano en la propaganda realista durante el movimiento insurgente de Hidalgo,” *Estudios de Historia Novohispana* 14, 1994, pp. 157-77.

³⁸ MANUEL MORENO ALONSO: *Los Españoles durante la ocupación Napoleónica: La vida cotidiana en la vorágine*, Málaga, 1997, p. 195.

³⁹ MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA: *Manifiesto del Sr. Hidalgo*, 1811, en J.E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS (comp.): *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*, Tomo I, México, 1968, p. 119.

⁴⁰ MANUEL ABAD QUEIPO: *Edicto instructivo que el Ilustrísimo Señor Don Manuel Abad Queypo*, México, 1810, C.L., vol. 995, 23.

⁴¹ DIEGO MIGUEL BRINGAS: *Sermón que en la Reconquista de Guanajuato, predicó extemporáneamente en la Iglesia Parroquial de dicha ciudad, el Padre Fr. Diego Miguel Bringas*, 1810, C.D.F., vol. 604, sig. 2200, 36.

⁴² HIDALGO Y COSTILLA: *Manifiesto del Sr. Hidalgo y Costilla*, p. 125.

En España los franceses eran blanco principal de la ira religiosa. Los clérigos soltaron un aluvión de críticas de los franceses al exhortar a los españoles a que defendieran la nación de los enemigos de la religión y los portadores del ateísmo y la revolución. Los clérigos conservadores afirmaban que los franceses representaban un mal que envenenaba todas las sociedades europeas. Rafael de Vélez, en su obra con título tan apto de *Preservativo contra irreligión*, arremetió contra los franceses: “En toda la Europa son conocidos con los nombres de *iluminados, materialistas, ateos, incrédulos, libertinos, franc-masones, impíos*. Sus doctrinas contra los reyes, autoridades y religión, acreditan estos títulos: y sus obras los manifiestan a lo menos como unos fanáticos, unos misántropos enemigos de toda sociedad.”⁴³ Unió a los fieles a la causa nacional con sus gritos de “viva María Santísima: viva Jesucristo: viva su fé, su religión: viva Fernando VII: mueran los franceses.”⁴⁴ Vélez se jactó de que “a todos los españoles no se les oía sino *viva la España, triunfe la religión, muera la Francia*.”⁴⁵ Con semejanza a los llamados de “mueran los gachupines” de la Nueva España, puesto que algunos de los insurgentes exigían la muerte para todos los europeos, la Guerra de la Independencia en España se manifestó en ataques a los franceses en términos nacionalistas que no se habían usado en la guerra anterior de 1793-95.⁴⁶ La nación de Francia en su totalidad se había convertido en enemigo de España, en vez de un pequeño grupo de individuos impíos que representaba la sedición.

Para calumniar a los que lucharon contra la rebellion iniciada por Hidalgo en la Nueva España, los insurgentes acusaron a los realistas de haber conspirado con los franceses.⁴⁷ Igual que en España, los epítetos contra los franceses se volvieron sinónimos del ateísmo y la hostilidad hacia la iglesia católica. Bringas retrató a Hidalgo y sus seguidores como homólogos de Napoleón y los franceses, “penetrados del espíritu de la política reprobada del impío Napoleón Bonaparte,” que corrompían las Américas con las rapaces ideas francesas de la libertad y la igualdad.⁴⁸ La refundición de los enemigos con los franceses se demostró arma ideológica potente que ocasionó el establecimiento de la idea de que los españoles en general estaban vinculados al régimen ilegítimo de Bonaparte y, por lo tanto, se tenían que derrotar.

Durante las primeras etapas del conflicto antes de 1814, América representaba una variante regional dentro del contexto de la identidad española. Los clérigos en muy pocas ocasiones elogiaron al pueblo mexicano en términos nacionalistas. El pueblo mexicano se refería simplemente a los habitantes de la ciudad de México. Por otra parte, la nación constituida de personas, era una amalgama de sentimientos regionales y religiosos que no se habían unido con un carácter de definición singular. América seguía siendo la patria chica en que España era el símbolo de una identificación cultural más amplia e inclusiva. Por ejemplo, hasta Hidalgo en su capacidad de líder del movimiento de la independencia, articulaba una identidad americana en vez de un nacionalismo específicamente mexicano. En un manifiesto de 1811 que escribió un poco antes de su ejecución, exclamó, “América, ¡Querida patria mía! Ha Americanos, mis compatriotas, Europeos mis progenitores, y sobre todo Insurgentes mis sequaces compadeceos de mí.”⁴⁹ Clérigos realistas retrataban América en términos similares: “en la presente época en que la América se ha declarado parte integrante de la Monarquía...y que ha sido convocada por primera vez a cortes...la madre patria ha recibido los más claros testimonios de la fidelidad de la América.”⁵⁰ No hubo gran diferencia entre la retórica de los dos grupos opositores.

⁴³ RAFAEL DE VÉLEZ: *Preservativo contra la irreligión, o los planes de la Filosofía contra la Religión y el Estado, realizados por la Francia para subyugar la Europa, seguidos por Napoleón en la conquista de España, y dados a luz por algunos de nuestros sabios en perjuicio de nuestra patria*, 1813, C.D.F., vol. 172, sig. 701, 2.

⁴⁴ Ibid., 116.

⁴⁵ Ibid., 122.

⁴⁶ JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO: *Mater Dolorosa: La idea de España en el siglo XIX*, p. 339.

⁴⁷ GUARDINO: *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State*, p. 67.

⁴⁸ BRINGAS: *Sermón que en la Reconquista de Guanaxuato*, p. 4.

⁴⁹ MIGUEL HIDALGO: *Manifiesto del Sr. Hidalgo*, p. 59.

⁵⁰ GONZÁLEZ DEL CAMPILLO: *Pastoral que el ilustrísimo señor Dor. D. Manuel Ignacio González del Campillo*, 11.

Otros clérigos realistas articularon una visión más regionalista que americana. Para los que respaldaban con ardor a los realistas, tales como el obispo liberal Manuel Abad Queipo, la Nueva España servía de indicador principal de la identidad supraregional en vez de la América, ya que era parte integral de la monarquía española. Al alzar su voz en contra de los rebeldes, Abad Queipo definió la estructura condicional de la nación al excluir a los que habían participado en el levantamiento: “Puebla, Veracruz, Oaxaca y las Provincias internas han dado respectivamente las mismas pruebas de lealtad y patriotismo [que dio la Capital, México]. Estos son los que constituyen la Nación o el Pueblo de la Nueva España.”⁵¹ En los primeros años de la guerra civil en Nueva España, emergieron varios conceptos de la identidad a base de ejes conflictivos. Sin embargo, cada uno se fundamentó en un idioma nacionalista común con la idea de un estado confesional.

Al alargarse la guerra, las formulaciones de identidad conservaban la tensión entre el regionalismo y el nacionalismo. La Constitución de Apatzingán de 1814 bautizó la nación con el nombre de América Mexicana, un compromiso entre el más amplio contexto de la América española y la exclusividad de la ciudad capital. Los detractores hacían referencia a los rebeldes como representantes de “la nación americana” o de “la república mexicana,” los cuales consideraban enemigos de la sociedad.⁵² La cantidad enorme de invectivas que se expresaron en contra de los insurgentes es testimonio del grado de simpatía y apoyo que sin duda tenían a pesar de las derrotas que sufrieron en los primeros años de la lucha armada. No obstante, los que proponían la autonomía y la independencia completa seguían debatiendo la cuestión de continuar como parte de la monarquía o de declarar una soberanía nacional para definir un nuevo estado independiente de la órbita de España.

Los insurgentes forjaron alianzas que rebasaban los límites de la clase social y los oficios bajo la bandera de la iglesia y el rey. El candidato más deseable para el trono español, Fernando VII, poseía una aura de inviolabilidad y legitimidad de que era un monarca detenido a la fuerza por Napoleón en Francia. Tanto los realistas como los rebeldes combatieron en el nombre del rey, ya que el levantamiento en España se había proclamado para restaurar el trono a los Borbones. Los vínculos comunes de la iglesia y el estado unieron a la retórica nacionalista en ambos lados con un tono similar de deferencia a la autoridad tradicional. Bringas, quien era crítico virulento de Hidalgo, hasta cuestionó el motivo de la insurgencia en su lucha contra España pero en nombre de Fernando VII: “Luego parece más natural que pensasen establecer una monarquía independiente de la España.”⁵³ Los contemporáneos de esa época como Bringas públicamente notaron las contradicciones inherentes en las guerras civiles que habían brotado através de la América española.

La metáfora de la familia de madre e hijo que había fortalecido los vínculos del imperio español através del Atlántico, con todos los territorios unidos bajo la monarquía borbónica, ya no era de uso extenso para 1820. Aunque muchos clérigos del Nuevo Mundo habían articulado un nacionalismo español que enfatizaba la inclusión de españoles europeos y españoles americanos en una sola identidad española, los insurgentes seguían enfatizando la diferencia durante la guerra. Hidalgo socavó las nociones de vínculos de fraternidad y de inclusión al alegar que los españoles europeos solo se veían motivados por la codicia y que no tenían conexiones profundas con las Américas. Hidalgo atacó a los *gachupines* quienes habían venido a América para tratar de enriquecerse: “¿no los atropellan todos [los gachupines] por solo el interés de hacerse ricos en la América?”⁵⁴ Los clérigos realistas respondieron a una re-enfatización de los enlaces familiares de la iglesia y el estado que hicieron de España y de la América española una sola entidad política y cultural. Empero, para

⁵¹ MANUEL ABAD QUEIPO: *Don Manuel Abad Queipo, Canónigo Penitenciario de esta Santa Iglesia, Obispo electo y Gobernador del Obispado de Michoacán, a todos sus habitantes salud y paz en nuestro Señor Jesucristo*, Valladolid, 1811, C.D.F., vol. 604, signatura 2202, 4.

⁵² ANTONIO BERGOSA Y JORDÁN: *Carta pastoral del ilustrísimo señor Don Antonio Bergosa y Jordán obispo de Oaxaca, a sus diocesanos*, México, 1815, C.L., vol. 716, 12.

⁵³ BRINGAS: *Sermón que en la Reconquista de Guanajuato*, p. 26.

⁵⁴ HIDALGO Y COSTILLA: *Manifiesto del Sr. Hidalgo y Costilla*, p. 126.

principios de la década de 1820, el padre y el hermano se habían separado y México había tomado una identidad propia y diferente de la de su progenitor español. Clérigos alabaron a Hidalgo y Allende como los que dieron nacimiento a una nueva nación, en vez de los reyes españoles. Un cura exaltó a “los primeros padres de la patria Hidalgo y Allende.”⁵⁵ Otro predicó sobre la serie de acontecimientos que ocasionó inevitablemente la independencia y que hubieron sido iniciados por Hidalgo. Éste mantuvo que:

Al mismo tiempo que Hidalgo parte a la execucion de su proyecto, y gusta ya en su corazon el dulce placer de señalar su zelo para la libertad de la Patria, se signe por el transcurso de once años una guerra intestina, desoladora, fratricida, cuya sangre derramada a los filos del reciproco rencor, solo servirá para manchar las páginas de la historia.⁵⁶

Además de elogiando a Iturbide, los clérigos enlazaron los acontecimientos del periodo de la independencia con el grito de Hidalgo de 1810 sin mencionar los tumultos de una década de guerra sangrienta, inventando una historia lineal de México.

Las raíces aztecas empezaron a reemplazar la herencia cultural española y la Virgen de Guadalupe permitió un cimiento para una identidad religiosa y nacional distinta de la española. Los sermones y la retórica política de la época de la Guerra de la Independencia ampliaron la ideología patriótica de los clérigos ilustrados prominentes como Francisco Clavijero y vincularon las concepciones de un estado soberano americano a la tierra mítica de Anáhuac, el reino primordial de los aztecas. El líder insurgente Morelos, influido por curas como Fray Servando Teresa de Mier, cuyo sermón polémico dado en 1794 localizó Santo Tomás en la América con Guadalupe como la santa patrona, afirmó continuidades con el pasado azteca en su decreto de 1813 *Sentimientos de la Nación*. Según Brading, “Creole patriotism, which began as the articulation of the social identity of American Spaniards, was here transmuted into the insurgent ideology of Mexican nationalism.”⁵⁷ Aunque Morelos y muchos insurgentes todavía fluctuaron entre el lenguaje de identidad americano y mexicano, cada vez más avanzaron la idea de un linaje indígena para un estado-nación americano. Otras narrativas contemporáneas de la guerra continuaban haciendo paralelismos entre el imperio azteca y un México independiente. Después del año 1821 y la independencia, varios eclesiásticos describieron al Emperador Agustín de Iturbide como heredero al trono del pasado azteca haciendo referencias al reino de Anáhuac: “Habla este heroe de la patria [Iturbide], y sus palabras son otros tantos rayos que penetran hasta el rincon mas escondido del espacioso Anáhuac.”⁵⁸ Otros reiteraron que una dinastía mexicana auténtica se había establecido en 1327, la fecha que fue primeramente presentada por Carlos de Sigüenza y Góngora en el siglo diecisiete. Así un clérigo predicando en Guadalajara anunció a la feligresía que él contribuiría con el proyecto divino de “reintegrandonos el Imperio de Anahuac.” Empezando con “el año de mil trescientos veinte y siete, en que fué fundada la corte Mexicana,” la rebelión iniciada por Hidalgo y completada por Iturbide estableció un puente para unificar la historia de la nación de México.⁵⁹ Desde el punto de vista de los nacionalistas, la conquista española había sido sólo una interrupción entre los dos reinos históricos de México.

Después de la independencia, las santas patronas de Aragón y Asturias no fueron elogiadas en las iglesias de América. Los curas ofrecieron reverencia a María Santísima de Guadalupe como la libertadora nacional del yugo de la Monarquía española. Los eclesiásticos continuaron las declaraciones para la liberación nacional en los pulpitos y sancionaron la independencia como un rito

⁵⁵ JOSÉ DE JESÚS HUERTA: *Sermón que en la solemne bendición de las banderas del regimiento de infantería de la milicia nacional local de Guadalajara*, Guadalajara, 1822, C.L., vol. 1415, 16.

⁵⁶ JUAN DE DIOS MARÍA PIÑERA: *Sermón panegírico eucarístico que en honra de nuestro libertador el Señor D. Agustín Primero*, Guadalajara, 1822, C.L., vol. 1415, 6-7.

⁵⁷ D.A. BRADING: *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots and the Liberal State*, p. 581.

⁵⁸ HUERTA: *Sermón que en la solemne bendición*, p. 9.

⁵⁹ PIÑERA: *Sermón panegírico eucarístico*, pp. 5-6.

sagrado de una nación católica. Un fraile solemnemente dio gracias a los héroes del año 1821 y celebró a Juan Diego y a la Virgen de Guadalupe que para él fueron figuras centrales en la lucha de independencia:

No os olvideis que Maria Sma. de Guadalupe cumpliendo su palabra que dio amorosa a nuestro compatriota Juan Diego de vernos a todos como Madre piadosa, movió los corazones de los gefes, y de todos los pueblos para que en tan breve tiempo, y con tanta felicidad consiguiéramos nuestra libertad. Sea, pues, nuestra obligación principal dar al Omnipotente humildísimas gracias, y darlas también a Maria Sma. de Guadalupe.⁶⁰

Esta construcción de una narrativa que elevaba a Guadalupe como la imagen singular de la Virgen María representa un clave contraste con el discurso anterior. Varios cultos marianos habían sido venerados en las iglesias novohispanas y a lo largo de la América española, y el culto Guadalupeño no surgió como preeminente hasta los años veinte en un México independiente. Junto a las llamadas para la regeneración religiosa, el Catolicismo Guadalupeño fue una ideología fuerte para un nacionalismo particularista que creció a parte de España.

La revolución liberal de 1820 que empezó con la rebelión de Riego en Cádiz fue un acontecimiento central en la política de Nueva España. Mientras que mucha de gente inmediatamente declaró la lealtad a la Constitución de 1812, otros no lo hicieron debido a los planteamientos controversiales de las Cortes. Los liberales peninsulares no otorgaron una representación igual a las provincias de América y su autonomía resultó limitada, culminando en un distanciamiento de los diputados americanos en las Cortes del Trienio, donde gran número de ellos abogarían por la independencia. Los clérigos conservadores insistieron en que México tuvo que perseguir la independencia en el nombre de la fe católica en contra de sus enemigos Jacobinos:

Respetaremos sus determinaciones [del vicario de Jesucristo]: obedeceremos a los concilios, siendo nuestro distintivo la piedad y la religion, la que nos dará el nombre glorioso de el Catolicísimo Imperio Mejicano....Queremos la *Independencia* que nos libra de tantos males [que han atropellado España]....Viva pues, la *Independencia* que nos asegura nuestra existencia religiosa.⁶¹

Durante el Trienio, conservadores, tanto como liberales, se unieron bajo el inclusivismo de una nación mexicana que simbolizaba la ideología principal de la Constitución de 1812 y también el estado confesional articulado en el Artículo 12. La nación significó una dualidad de liberalismo y fe tradicional.

Bárcena expresó su apoyo a la causa del nacionalismo mexicano en 1823 después de las reformas liberales en la España peninsular, y proclamó: "The holy Catholic religion...is the soul of this empire; yes, the faith of Jesus Christ is inseparable from it and is identified with the nation of Anahuac; and he who is not an apostolic Christian is not a citizen of ours; he is not a Mexican."⁶² Su uso del lenguaje resuena de sus sermones anteriores, usando 'México' en lugar de la 'nación española' como foco de la identidad primaria. Similarmente, los hijos de la España colonial abandonaron la metáfora de la familia española y articularon su propio individualismo e identidad. Con la herencia de la grandeza del imperio español, México declaró la independencia para que pudiera proteger el legado de la fe católica y vencer sobre los enemigos de la iglesia. Los clérigos conservadores pudieron aclamar la causa del nacionalismo mexicano durante este periodo en defensa de la

⁶⁰ FRANCISCO GARCÍA DIEGO: *Sermón, que en la solemnisima función que hizo este colegio de N.S. de Guadalupe de Zacatecas en acción de gracias por la feliz conclusión de la independencia del imperio mejicano*, Guadalajara, 1822, C.L., vol. 1404, 31.

⁶¹ GARCÍA DIEGO: *Sermón, que en la solemnisima función*, 30.

⁶² MANUEL DE LA BÁRCENA: *Sermón exhortatorio que en la solemne función anual, que hace la imperial orden de Guadalupe a su celestial patrona*, 1823, citado en D.A. BRADING, *Mexican Phoenix: Our Lady of Guadalupe: Image and Tradition across Five Centuries*, Cambridge, 2001, p. 239.

religión, mientras una década antes, la mayoría había denunciado los excesos de Hidalgo y la insurrección.

El lenguaje que circunscribió las nuevas naciones de la América española se fundó en una identidad religiosa y nociones de soberanía de la Ilustración hispanoamericana. La nación mexicana se construyó en parte sobre la imagen de la Virgen de Guadalupe y su distinta herencia americana. Mientras el catolicismo vinculaba la América española a la metrópoli, una identidad paralela forjada en los textos de la Ilustración, en los pulpitos y en el campo de guerra empezó a separar el Mundo Nuevo de la España peninsular. Aunque los discursos nacionalistas continuaban muy discutidos después del periodo de la independencia, y los términos americano y mexicano seguían siendo contestados, la idea de una identidad nacional separatista empezó a distinguirse entre mexicanos y españoles. Por consecuencia, el discurso nacionalista español significaba una identidad europea a parte de la americana en los años veinte del siglo diecinueve.

Las instituciones del estado y la cultura católica representaron dos elementos centrales de coyuntura entre las comunidades de la España peninsular y la América española, aunque distinciones locales últimamente diferenciaron los procesos de formación de una identidad nacional en el mundo hispano. Mientras que los regionalismos de España disminuyeron durante la guerra contra Napoleón, las estructuras hierárquicas del imperio español, basadas en las ideas de clase, raza y lugar de nacimiento, se transformaban en identidades regionales fijadas al principio de los años veinte. Los clérigos insurgentes como Hidalgo y Morelos consiguieron movilizar un grupo militante para discutir estos temas. Ellos subrayaron la opresión y la injusticia de las relaciones entre la España peninsular y las Américas que soñaban dejando atrás las divisiones de clase y resonaban con las clases bajas, los indígenas, los mulatos, los curas, los hacendados y las élites urbanos.⁶³

Los ideólogos insurgentes combinaron nociones tradicionales de una identidad española con los símbolos del Nuevo Mundo, iniciando un cambio en formas de identificación. En torno a ampliar las concepciones de un patriotismo criollo con las raíces en la Ilustración, la insurgencia contra los españoles estableció un modelo de identidad nacional mexicana. En la España peninsular, sin embargo, la rebelión contra la ocupación francesa también sirvió para ser un mito de liberación nacional y para el desarrollo de una conciencia nacional. Un movimiento de las clases populares, apoyado en gran parte por los clérigos, facilitaba la articulación de una narrativa del protagonismo del pueblo español en la guerra. Las divisiones entre las clases, que precipitaron movilizaciones durante el Antiguo Régimen contra las autoridades reales, fueron desplazadas por los sentimientos contra los franceses e indignación por la destrucción y las privaciones de la guerra. Los conflictos entre las clases y las identificaciones regionales en gran parte se incorporaron a la retórica nacionalista que abogó por la defensa de la iglesia española contra los ateos franceses. Luchando en Nueva España, la insurgencia subrayó las causas populares e identificó la clase oprimida como americanos distintos de los españoles peninsulares.

En fin, los símbolos y el lenguaje de un nacionalismo mexicano mezclaron una variante regional de la fe católica y el discurso de soberanía política y económica en la tradición de la Ilustración hispanoamericana.⁶⁴ Pero la Monarquía española y el imperio azteca del periodo de la pre-conquista quedaban como legados conflictivos para los liberales y los conservadores que intentarían conseguir la hegemonía poscolonial. Un nacionalismo inclusivo de europeos y americanos empezó a disolverse después de la proclamación del Imperio Mexicano en el año 1821. En efecto, las dinámicas de dos “guerras de la Independencia” simultáneas en la Nueva España y la España peninsular comenzaron a separarse cuando las dos insurgencias forjaron identidades distintas en oposición a

⁶³ GUARDINO: *Peasants, Politics, and the Formation of Mexico's National State*, p. 58.

⁶⁴ Brading ha concluido, para el caso de México a finales del siglo dieciocho y el comienzo del siglo diecinueve, que “it was their common Catholicism rather than any consciousness of nationality which held together this variegated mixture of classes and races.... The invocation of historical and religious themes in patriotic rhetoric served to bridge the chasm dividing the elite from the masses.” BRADING: *The Origins of Mexican Nationalism*, p. 3.

sus enemigos. La religión continuaría su papel siendo una fuerza de unificación transatlántica, y el nacionalismo mexicano que dominaba los años del Trienio fue un discurso paralelo que coincidió con los discursos de nacionalismo español. Si según historiadores culturales, un elemento central de “national identification is clearly...something transmitted from the past and secured as a collective belonging, something reproduced in myriad imperceptible ways, grounded in everydayness and mundane experience,” entonces los nacionalismos mexicanos y españoles comparten un legado de cultura e historia común que no se habría quebrado simplemente por la independencia.⁶⁵

⁶⁵ ELEY Y SUNY: “Introduction,” en ELEY AND SUNY (eds.), *Becoming National*, p. 22.